



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Diversiones públicas*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Estudios recreativos*, por D. José María Gutierrez de Alba. = *Serenata*, por D. José Selgas. = *Correspondencia*. = *Geroglífico*.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

Principiarémos por el Circo de Mr. Price. Siguen en abundancia los llenos. Los días de fiesta sobre todo rebosa la gente hasta por encima del toldo. Muchos de los que acuden no pueden entrar, y muchos de los que entran no tienen materialmente donde estar de pié; de donde resulta que no pocos hayan tenido el último domingo que ponerse en medio de la plaza de las Barquillas despues de haber salido de allí mas estrujados que barquillos.

No hay necesidad de decir que á ninguno de estos se le ha devuelto su dinero, aunque les sobraba razon para exigirlo, porque eso seria hacer las cosas bien, y aquí no lo acostumbramos. En cobrando á la puerta poco importa que no se quepa dentro.

Prensado pues como arenque en barril, aquel respetable y no respetado público, no deja por eso de volver otra noche á que le tornen á prensar, con tal de ver á un enjambre de señoritas de distintas naciones saltar á caballo las cintas, y luego las fajas, y luego los aros, y luego unas especies de pandorgas de papel, y luego en fin todo lo que de tiempo inmemorial se ha hecho mejor ó peor por cuantas compañías ecuestres han exhibido aquí y allá sus habilidades para solaz del mundo.

Esta es una parte obligada del espectáculo, y por lo comun la misma siempre con cortas variantes. De otro modo; ¿cómo habia de durar tres horas largas una funcion? Vienen luego interpolados con aquella los egercicios

de fuerza y de equilibrios, que es donde está la importante novedad, cuando la hay. Un clown, verbigracia, se sube en la percha-trapocio, y esta se apoya sobre el estómago de otro prógimo. La cosa es sorprendente sin duda, pero hace daño el verla, porque aquel estómago ha de sufrir de un modo horrible bajo la presion de tantas arrobas, y este sufrimiento se revela en la faz del artista que sirve de punto de apoyo. ¿Pero eso qué importa? Estamos por las emociones fuertes, y experimentamos un placer indefinible cuando sentimos que nuestros cabellos se erizan ante el peligro ó ante el dolor; pero á condicion de que el peligro y el dolor sean para otros. En este caso le es permitido á la dama mas nerviosa horrorizarse muy tranquilamente en su palco, y echarse á los ojos los gemelos para apurar hasta las heces aquella atractiva emocion que la agita bajo su miriñaque.

Pero dejemos al afortunado Circo llevarse las atenciones y el dinero de los que acaso se aburren allí, pero que van porque es moda hoy dia de la fecha, y digamos algo de los teatros, á los que ha tiempo teniamos olvidados, no tanto por culpa nuestra como por la de ellos.

¿Qué hay de Principal? Esto se preguntan unos á otros los aficionados que aun conserva aquel coliseo, y que solo esperan que abra sus puertas para guarecerse en su recinto de los frios y de las aguas del ya próximo invierno.

¿Pero comprenden nuestros lectores la inmensa dificultad que encierra una respuesta á aquella pregunta? ¿Ignoran por ventura que aquel teatro tiene detrás de cada uno de sus bastidores mas misterios que el célebre templo de Eleusis?

Y en efecto, son tantas y tan variadas las versiones que han corrido acerca de su porvenir artístico durante la temporada que para todos menos para él corre, que ni nosotros sabriamos decirlas, ni nadie esplicarlas. Lo de la

compañía de ópera italiana fracasó;

"Ya no era tiempo; el canto no se oía."

En compañía dramática no hay que pensar. El cólera morbo zarzuelesco asoló lo poco que quedaba del arte. Madrid para tener algo se ha visto obligado á tender la red por España entera, y aun no basta. Los mete-sillas de sus coliseos han aprendido dos coplas de boleras y con ellas se lanzan á partes de zarzuela echando por esas escrituras miles y miles de reales, que hay quien les dé con asombro de los mismos que los reciben, los cuales nunca pudieran sospechar siquiera su propia importancia, ni previeron para sus personas mas que silbas y pateos en la lontananza de su porvenir artístico.

Hay pues que abandonar por ahora la idea de una compañía dramática. Que espere el arte para mejores tiempos. El gusto churrigueresco reina hoy en muchos teatros, aunque á dicha ya no en todos. Ahí está Sevilla sinó, que ha dado con las puertas de los suyos en la cara á los corruptores de la escena.

Si no hay ni ópera ni drama no hay que elegir mas que entre dos cosas: ó nada ó zarzuela. Comprometida fuera para nosotros la eleccion, porque nos veriamos tentados á escoger lo primero; pero eso no puede hacerlo una empresa, y por consiguiente parece que la actual está haciendo esfuerzos para realizar lo segundo.

No nos atrevemos á trasladar aquí todo cuanto se ha dicho y se dice á este respecto, porque nunca nos aventuramos á hablar sin datos muy seguros en materias delicadas por su naturaleza. Nada diremos por tanto de exigencias desmesuradas, irritantes é inaceptables de que hemos oído hablar, y que se supone tienen su origen en persona de quien eran de esperar otras deferencias respecto al público de Cádiz. Si la cosa ha sucedido así bien empleado le estará al tal público; pero el hecho es que nosotros nada sabemos de oficio, y que por tanto nos reservamos para entonces el juzgar la conducta de quien haya lugar, y el juzgarla severamente.

Entretanto quede el asunto en suspenso, y digamos algo del Balon, á quien muchos juzgaban ya difunto, y cuyo túmulo creían ver en el Circo de Mr. Price; pero que sin embargo vive y hasta espera con fundamento robustecerse y medrar con las aguas de este invierno.

Por varias fases ha pasado durante algunos meses; y no sabemos si la que hoy tiene será ya su forma definitiva ó piensa cambiarla como Proteo; mas así y todo ha empezado á to-

car á juicio con su trompeta para congregarse á sus dispersas falanges, y es de creer que estas respondan á su llamamiento. Esta trompeta son sus dramas, género propio suyo, especialmente los de cáscara amarga, que son en los que debe confiar mas que en ningunos otros, porque por lo comun recatan sus defectos de arte con un vivo interés, y porque su ejecución no exige demasiadas condiciones.

Con esta convicción nuestra acudimos el viernes anterior á una gran función de beneficio que allí tuvo lugar, impulsados por el título del drama que se leía in cápite del cartel, y que era *La maldición, ó la noche del crimen*.

Véase si un nombre así promete.

En el drama hay su prólogo. Por él se sabe que cierto marqués había muerto en una de las colonias francesas, y como no tenia mas familia que una hermana con la que no corria nada bien, cierto bribon de criado, con auxilio de otro bribon su amigo, se apoderó de sus papeles, y vuelto á Francia se hizo pasar por el marqués, tomando antes la precaucion de dar un veneno á la hermana. No llegó esta á morir, pero quedó poco menos, y así y todo se embarcó cuando pudo con ánimo de solicitar de su hermano, á quien creía vivo, alguna cosa para su hija. Al llegar tópose con el supuesto marqués, descubre la felonía, amenaza á ambos cómplices, mas al cabo no hace nada porque se muere. Ellos la ocultan en el hueco de una escalera, y hacen venir á un albañil para que lo tabique, como tapan los gatos sus haciendas.

Este es el prólogo. Hay en él para diez horcas.

Han pasado algunos años. La hija de la emparedada difunta, que ignora el secreto de su nacimiento, tiene por madre á la que lo es del albañil tabicador; pero los dos supuestos hermanos se aman y se horrorizan. Entonces el marqués, que sabe que el tío ha dejado á la muchacha una gran suma de dinero, pide su mano, ella, para apagar su amor criminal, se la otorga; cásanse; aquella misma noche sabe que no es hermana del albañil; este, que tambien lo sabe, quiere robarla, porque ha visto el hueco de la escalera y sospecha el mal fregado. El amigo se resuelve á asesinarlo para que calle; dispara, pero hiere al marqués; échase abajo el tabique y se encuentra el cuerpo del delito.

El crimen ha sido descubierto y los bribones providencialmente castigados.

El drama no se sabia por ninguno. Cierta fuga de un actor comprometió su éxito, por-

que el remedio se tuvo por peor que la enfermedad.

No nos alcanza el espacio para hablar hoy de la excelente compañía de baile que allí funciona, dirigida por D. Ambrosio Martínez, cuyo nombre es ya una garantía. De todo ello nos ocuparemos, Dios mediante, bien así como de algunas actrices nuevas, muy bien recibidas y que merecen serlo.

Es tarea que nos es forzoso reservar para otro día.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL MAESTRO PARRA.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

Por los años de 1790 existía en la ciudad de Sevilla, y en la esquina de una de sus calles, que todavía conserva el nombre de *calle de Gallegos*, una casa de aspecto pobre, con dos puertas practicables, una á la calle que dejamos nombrada, y la otra á una plaza llamada del *Salvador*, porque en ella se halla la iglesia colegiata de este nombre, una de las mas notables de la ciudad, y que seria sin duda su mejor templo, á no existir la magnífica catedral gótica tan justamente renombrada.

Sobre ambas puertas de la casa en cuestion véase una muestra que anunciaba del modo mas ingenioso posible la profesion y el nombre del que habitaba en ella. La muestra contenía pues una *parra*, y á su sombra varios *zapatos*; objetos que, si bien no estaban pintados con maestría, no se apartaban del natural hasta el punto de que se pudiese dudar de la intencion del artista. Por otra parte, el maestro *Parra* era bastante buen zapatero; y aun sin aquel ardid, hubiera podido estender su fama con mas ó menos trabajo.

En la época á que nos vamos refiriendo, su tienda de *obra prima* era la mas renombrada de la ciudad, y en ella se calzaban todos los personajes de mas cuenta, desde el señor Asistente hasta el último golilla.

Esta parroquia, que no dejaba de ser envidiada por todos los del oficio, proporcionaba al maestro *Parra* el trato frecuente de lo mas florido de la ciudad, y hasta le habia facilitado el compadrazgo de uno de los señores oidores de aquella Audiencia, que se habia prestado gustoso á sacarle un niño de pila.

Aunque entonces habia un deslinde mas

marcado entre las clases de la sociedad, y las categorías de posicion y de nacimiento ocupaban la plaza que hoy corresponde exclusivamente á los billetes de banco, no por eso las personas de elevada gerarquía se desdeñaban siempre de alternar con los artesanos honrados.

El taller de nuestro buen menestral era de esto una prueba. Por las tardes se solian reunir allí á jugar á las damas un caballero *veinte y cuatro*, un maestrante y el señor oidor, que con el barbero de enfrente, el sochantre de la colegiata y el mismo dueño del establecimiento sostenian reñidas pendencias de peon á peon y de dama á dama sobre sendos tableros que la maestra limpiaba esmeradamente todos los dias.

El maestro *Parra*, hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, sonrosada color, ojos alegres y chispeantes, cabello gris, mediana estatura y algo protuberante abdomen, tenia un carácter alegre, bullicioso, decidor y algo entrometido; se sabia de memoria todos los cuentos de Juan de Timoneda, todos los romances de Gines Perez de Hita y un millon de anécdotas mas ó menos chistosas, mas ó menos extravagantes, atribuidas por él gratuitamente al pobre de don Francisco de Quevedo.

Esta especie de erudicion *sui generis* de que aquel hacia gala, le habia valido una reputacion; y la amistad del maestro *Parra*, hombre tan alegre como inofensivo, tan honrado como amable y servicial, era generalmente tenida en mucho.

Su mujer, bajo cierto aspecto, era el reverso de la medalla. Aunque honrada y laboriosa como su marido, y no menos amable que él con las personas que concurrían á su establecimiento, habia en su carácter un fondo de melancolía, que en vano procuraba ocultar á todas las miradas: tenia diez años menos que su esposo, y todos los creían de una misma edad; sus ojos estaban siempre rodeados de un círculo amoratado ó rojizo, sus megillas pálidas, su semblante sin animacion, y todo revelaba en ella una pena profunda, que no pudiendo nadie descubrir al través de su reserva, se creía generalmente efecto de alguna enfermedad interior de esas que poco á poco gastan y consumen la vida, sin manifestarse nunca lo bastante para que se la pueda combatir de frente.

Nadie sospechaba la causa de aquella continua tristeza, á pesar de hallarse á la vista de todo el mundo; nadie se esplicaba como podia ser infeliz una mujer que en su clase gozaba de todas las comodidades de la vida, y cuyo esposo parecia espresamente criado para

difundir á su alrededor una felicidad envidiable.

Sin embargo, la desventura de aquella mujer procedía precisamente de la conducta de su marido; porque el maestro Parra, con su carácter dulce y alegre, con todas las buenas cualidades que pueden adornar á un hombre, tenía un vicio que le dominaba, y este vicio era el de amar con extremo el fruto de su propio apellido.

Todos le conocían pero ninguno le motejaba la flaqueza de ser algo más de lo regular aficionado al mosto; porque como hombre de régimen, y además como buen hijo de san Crispín, tenía destinados los lunes á Baco; y solo en este día, en que ninguno de sus contertulios venía á turbarle, se entregaba completamente á la embriaguez de un carácter puramente doméstico, por cuanto lo hacía á puerta cerrada y por el gusto solo de beber, cosa no muy común en los que á tal vicio se entregan; pues por regla general siempre va acompañado de escándalos y de disgustos.

Las monas del maestro Parra, que así las llamaban en el barrio y entre sus amigos, eran á juicio de todos monas inocentes, sencillas de puro placer y sin ulteriores consecuencias; todo el mundo celebraba el medio decoroso que el zapatero había sabido encontrar para *privarse*, al mismo tiempo que de la bebida, del ridículo que trae consigo una mona ridícula y paseada; y todos al fin le perdonaban de buena voluntad este defecto, al ver que en el resto de la semana no llevaba jamás un vaso de vino á la boca.

Cuando sus amigos le embromaban sobre aquella estraña costumbre, decía él que aquello lo hacía por rendir un tributo á su ilustre apellido de Parra, el cual no sería digno de llevar si no dedicase aquel día á santificarlo. El apellido de su madre jamás había forma de hacérselo decir, por más que con empeño se lo preguntaban, dando por razón que le era en extremo antipático.

Cuando de estas cosas se trataba, no había uno que no felicitase á su mujer por los buenos días que debía hacerle pasar su marido, amenizado su festivo y alegre carácter con el granillo de *alpiste*. La pobre sonreía entonces tristemente, y en más de una ocasión se retiraba al interior de la casa, de donde volvía luego con los ojos enrojecidos por el llanto; pero nadie fijaba la atención en ello, acostumbrados como estaban á verla casi de continuo pensativa, llorosa y triste.

Veamos ahora que era lo que pasaba todos los lunes en el doméstico hogar del zapatero,

y fácilmente se comprenderá la continua amargura de su esposa.

Apenas el sol abría los ojos, abríalos también el maestro Parra para fijarlos con placer en dos enormes botijas, de aguardiente la una y de vino la otra, que dejaba preparadas el domingo, al tiempo de acostarse, á la cabecera de su lecho.

En seguida se levantaba con aire de triunfo, y decía á su mujer, señalando á las botijas:

—Manuela, vamos á saludar á mis parientes.

—¡Otra más! contestaba la esposa con voz humilde y los ojos llenos de lágrimas.

—Hoy es el último lunes que me emborracho.

—¡Cuántas veces me lo has ofrecido!

—Te aseguro que esta es la última vez.

—Pero si sabes que te vuelves loco, que me maltratas horriblemente, y que luego tú mismo te quedas como muerto durante el resto del día y toda la noche.

—Es verdad; pero... Te digo que hoy nada más. Ya ves, yo me llamo Parra; este licor sale... como si dijéramos de mí mismo... Hoy nada más; déjame despedir de mi familia.

—Haz lo que quieras.

—Sobre todo que no se enteren nuestros parroquianos...

—¿De qué me maltratas? Ya sabes que por tu mismo honor á nadie se lo he dicho. Eso te haría perder su consideración y su amistad, y se hablaría de tí en el barrio.

—¡Pobre Manuela!... La última vez, la última vez.

Y á pesar de esta exclamación, era tal el afecto que el maestro Parra profesaba al líquido que él llamaba su familia, que sin poder contenerse, se echaba las botijas á pecho, y no las dejaba hasta después de haber trasegado á su estómago una buena parte de su contenido.

Esta operación, repetida diferentes veces en las primeras horas de la mañana, trastornaba el juicio del zapatero y lo convertía en otro ser enteramente distinto del que era habitualmente. De alegre y jovial tornábase en taciturno é irascible; apoderábase de él una especie de locura que le hacía prorumpir en amenazas; rompía y destrozaba cuanto podía haber á las manos; daba furiosos golpes á su infeliz mujer, que los sufría en silencio con la resignación de una mártir, y al cabo se dejaba caer al suelo, dominado por aquella especie de fiebre, insensible como un cadáver; y sin otro movimiento que el de su agitada respiración, era conducido al lecho por la pobre Manuela, que velaba á su lado hasta la mañana siguiente, en que abría los ojos para pedirle perdón,

al saber los excesos que involuntariamente habia cometido.

Tal era pues la causa de la continua tristeza de aquella mujer que, saliendo de la regla general de su sexo, preferia su dolor á publicar las faltas de su esposo.

Pero el tiempo pasaba; los lúnes, aquellos dias tan fatales para ella, se sucedian con una uniformidad dolorosa, á pesar de las promesas del marido, tan pronto hechas como olvidadas.

La infeliz mujer era ya madre; tenia dos existencias que conservar; veia por término á aquellos horribles periodos algun desastre mas horrible todavía, y pidió al Señor con todas las veras de su alma que los librase de aquel infortunio.

En uno de los dias en que con tanta amargura lloraba, acertó á entrar el oidor, que aunque de carácter alegre, como todos los que allí se reunian, era un anciano respetable y naturalmente bondadoso. La mujer del zapatero no pudo ocultar sus amargas lágrimas; su esposo habia salido; el amor filial hacia mas profunda su pena; la franca bondad de su compadre pedia una explicacion á aquel continuo llanto; su discrecion escusaba la confianza y su esperiencia podia darle quizá un buen consejo. Manuela lo confió todo al oidor, que informado de los pormenores, y despues de reflexionar un rato, le propuso un remedio para curar el vicio de su marido; pero con la condicion de que nadie, ni aun ella misma, habia de saber qué remedio era, hasta el momento de ponerlo en práctica.

El deseo que ella tenia de conseguirlo, le hizo aceptarlo con resolucion, confiada al mismo tiempo en la promesa de que el remedio no perjudicaria á su esposo.

Obtenida la vènia de su comadre, el bueno del oidor empezó á preparar todo lo necesario para el fin que se proponia, y sin decir de ello á nadie una palabra, siguió concurriendo á la tertulia todas las tardes como lo tenia de costumbre, encargando sigilosamente á la mujer del zapatero que sufriese con la misma resignacion que las anteriores la paliza habitual que el lúnes próximo le aguardaba, teniendo por seguro que aquella seria la última que le quedaba que recibir por aquel motivo.

La semana aquella pasó sin novedad, como todas; las damas y el rentoy dieron sobrado entretenimiento á los tertulianos del maestro Parra, para que no se ocupasen en hablar de otra cosa, y por último llegó el domingo, dia que el oidor y el zapatero por distintas razones deseaban; dia temido por la pobre Manuela como víspera de su martirio, y más que

todo por la dura prueba á que sin duda iba á esponer á su esposo.

Al salir de la zapatería el sochantre y el barbero, el oidor los citó para la noche siguiente á su casa, dando á la cita tal importancia y misterio, que aquellos no pudieron dudar de que se trataba de un grave asunto; por consiguiendo ambos le ofrecieron ser puntuales y estar á sus órdenes á la hora prefijada.

En la casa del maestro de obra prima escusado es decir que el domingo en la noche se repitió la escena de costumbre con sus preparativos, sus protestas de ser aquella definitivamente la última vez, y todos los demás accidentes con que el alumno de San Crispin amenizaba las vísperas de sus estrañas fiestas.

El lúnes comenzó como todos los lúnes comenzaban; solo que el período de frenética locura, y por consiguiendo la paliza á la pobre mujer, se anticipó algo mas que otros dias, ya porque el líquido fuese quizás mas espírituoso, ya porque la cantidad, y esto es lo mas probable, hubiese sido mayor que de costumbre. Lo cierto es que á las doce del dia Manuela tenia el cuerpo lleno de cardenales, y el maestro Parra estaba ya tendido en el suelo, sin dar otras señales de vida que su respiracion agitada y frecuente. Su infeliz esposa lo condujo con mil trabajos al lecho, y se sentó á su cabecera, aunque con la seguridad de que todos sus esfuerzos serian inútiles para hacerle que despertase, hasta despues de haber dormido quince ó veinte horas, que eran las que regularmente duraba el efecto del espírituoso narcótico.

A la caída de la tarde vino el oidor á cerciorarse por sí mismo del estado de su compadre, y lo halló, como queda dicho, semejante á un tronco, sobre lo cual hizo algunas pruebas que no le dejaron la menor duda.

Satisfecho al parecer del estado de insensibilidad en que el zapatero se hallaba, despidióse de su esposa y encargóle que le esperase á las diez de la noche, en cuya hora vendria con sus amigos, el sochantre y el barbero, para poner en práctica lo que tenia proyectado.

Las primeras campanadas de la *quedá*, misterioso y lúgubre anuncio del silencio de las altas horas de la noche, resonaban en la Giralda; á su tañido, las calles se quedaban oscuras y desiertas, y solo se veia de cuando en cuando atravesar algun embozado, que á toda prisa iba en busca de su hogar, si ya no era enamorado mancebo, que con el corazon henchido de ilusiones, se dirigia hácia la reja en que le aguardaba su dama. En la época á que nos referimos pocas personas se atrevian á estar fuera de su casa á las diez de una noche

de invierno; y las que por casualidad y sin un poderoso motivo se hallaban fuera de ella á tal hora, corrían á buscarla presurosas á las primeras campanadas de la *queda*; de modo que solo quedaban en la calle los enamorados y los malhechores; temibles á veces los primeros tanto como los segundos, por el prurito de impedir caprichosamente el paso á los que transitaban, sin otro objeto que el de lucir su valor y su osadía delante de la señora de sus pensamientos, ofreciéndole como un tributo la humillacion del que volvía atrás por evitar la pendencia, ó el peligro de medir sus armas con él en medio de la calle.

La de Gallegos, que como ya hemos dicho, se llamaba la del maestro Parra, estaba como boca de lobo y desierta como un cementerio, cuando desembocaron por ella cuatro hombres, que doblando la esquina se pararon en la puerta del zapatero. Los cuatro iban embozados en sus capas, y el último llevaba un bulto debajo de ella, sujeto con una mano, y en la otra conducía una escalera como de dos varas de longitud y media de ancho.

Apenas llegaron á la puerta, el que iba delante tocó el aldabon con cierto misterio, y una voz de mujer respondió en seguida:

—Quién es?

—Somos nosotros; abra V., comadre, contestó el que habia llamado, que no era otro que el oidor, siendo los tres que le acompañaban el sochantre y el barbero, que enterados por él, secundaban con gusto su propósito, y un criado de confianza, que era el que llevaba la escalera y el bulto.

La puerta se abrió y los cuatro penetraron en la casa.

Luego que Manuela supo el proyecto que allí los conducía, trató de oponerse á su ejecucion; pero tales fueron las razones con que los tres amigos le apoyaron, tal la seguridad que de sus resultados le ofrecieron, y tan grandes eran por fin sus temores de seguir en aquella vida, que dejando á los tres toda responsabilidad ante Dios, ante el mundo y ante su marido, y confiada en la gravedad de los que la aconsejaban, cerró los ojos, ocultóse en su aposento, y los dejó obrar como mejor les pareciese.

No bien quedaron solos los cuatro con el maestro Parra comenzaron las pruebas sobre su insensibilidad, y asegurados perfectamente de ella, el barbero sacó los instrumentos de su oficio, y en un abrir y cerrar de ojos la cabeza del zapatero quedó trasformada en la de un verdadero fraile, con su cerquillo y su corona. El criado sacó inmediatamente el bulto que llevaba debajo de la capa, que era un hábito

de franciscano, con el cual vistieron al insensible compadre del oidor, y colocándolo en seguida sobre la escalera, como si fuese un cadáver, lo suspendieron entre los cuatro y salieron con él hacia la plaza de San Francisco, donde se hallaba situado el convento de que tomó el nombre.

Llegados á la puerta, soltaron en el suelo la pesada carga; uno de ellos llamó, y al instante salió á abrir un religioso diciendo:

—Qué se ofrece, hermanos?

—Qué ha de ser! respondió el barbero, ocultando el rostro para no ser conocido; que nos hemos encontrado en la calle, al volver á nuestra casa, este pobre religioso de vuestra orden en el lamentable estado que se deja ver, y por respeto á la santa orden lo hemos recogido, y aquí lo traemos para que la comunidad disponga de él lo que tenga por conveniente.

Y dicho esto introdujeron al supuesto fraile en el portal, y con las bendiciones del franciscano atónito se retiraron á aguardar el desenlace de tan arriesgada, como diabólica aventura.

Apenas el portero dió aviso al guardian de lo que pasaba, reunió este toda la comunidad, y vió con asombro que no faltaba ningun religioso. Dirigiéronse luego al portal, donde se hallaba aun el maestro Parra, tendido en el suelo; todos le rodearon, todos le examinaron con detencion, pero nadie le conocía. Visto esto, y que el bueno del fingido fraile no respondía, ni daba muestras de salir de su letargo, lo condujeron á una celda, donde lo dejaron encerrado hasta que llegase la mañana, convencidos de que seria algun religioso de uno de los conventos de la provincia, que viniendo á la capital de orden de su superior para algun asunto importante, se habia dejado dominar por el demonio de la bebida hasta caer en aquel lastimoso estado.

Los padres graves de la comunidad se reunieron para tratar del ejemplar castigo que debia imponerse, por su grandísima falta, á quien tan en poco habia tenido el nombre y el decoro de la respetable orden; pero habiendo al fin decidido oír al culpable antes de imponerle una pena, acordaron irle á interrogar cuando ya fuese de dia, al salir del coró.

Las seis de la mañana serian apenas cuando el primer rayo de luz que entró por la ventana de la celda en que se hallaba encerrado el maestro Parra, hirió súbitamente sus ojos y empezó á sacarle de su letargo.

Como la *mona* estaba ya completamente dormida y reposada, y era además la hora en que el zapatero tenia costumbre de levantarse, despertó sin dificultad; abrió los ojos, y

medio dormido todavía, comenzó á buscar á su mujer á su lado, haciendo entre dientes este monólogo:

—Manuela!... qué noche tan larga! Manuela!... qué diablo de cama tan dura!... ¡tengo molidos los huesos!... Pero... ¿dónde estoy? Esta no es mi alcoba... Manuela!

Y gritando así se incorporó en la tarima que le servia de lecho; vióse de tan estraña manera vestido, palpóse la cabeza, y creció mas y mas su admiracion y subió de punto su espanto.

—Qué es esto, Dios mio! exclamó al fin; ¿Es una pesadilla horrible, el efecto de mi vicio, ó me he vuelto loco?

Y al decir esto, y disponiéndose ya á saltar en el suelo y á pedir socorro, sintió torcer la llave de la celda, la puerta se abrió, y varios religiosos le rodearon.

El zapatero, mudo de estupor, con los ojos desecados, inmóvil y con la sangre helada en las venas, miraba al rededor de sí, como si estuviese rodeado de horribles fantasmas.

Al fin uno de los religiosos le habló en estos términos:

—Hermano, diga su caridad quién es, de dónde ha venido, y por qué, con escándalo de la religion y detrimento de su alma, se le ha encontrado anoche ébrio en medio de las calles como un seglar indigno.

El maestro Parra no contestó: no podia contestar una palabra á aquella para él ininteligible pregunta.

El guardian le mandó que respondiese bajo santa obediencia.

El zapatero permaneció inmóvil y mudo.

Los religiosos se miraban unos á otros sin comprender lo que aquello significaba.

Hecha por tercera y cuarta vez la misma pregunta, y viéndose el infeliz amenazado por desobediente, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y con palabras entrecortadas por la estupefaccion y el miedo respondió de esta manera:

—No se canse V. en preguntarme... Que vayan á la calle de Gallegos... esquina á la plaza del Salvador... allí... hay una zapatería... y en ella una mujer... que se llama Manuela... que le pregunten... si está allí su marido, el maestro Parra... Si el maestro Parra no está allí... entonces... soy yo; pero si está allí... yo no sé quien soy!...

Al mes de esta ocurrencia, la zapatería del maestro Parra habia sido sustituida por una tienda de peinero. Todos preguntaban qué habia sido del maestro de obra prima. Nadie lo sabia positivamente.

Algun tiempo despues un zapatero se establecia en un extremo de la ciudad; á su casa concurrían casi diariamente el oidor, el barbero y el sochantre que ya conocen nuestros lectores; la muestra del establecimiento decia así:

AGUADO, ZAPATERO.

Y era que el maestro Parra habia renegado completamente de su primer apellido, adoptando por fin el de su madre de que antes se avergonzaba.

Jamás pudo perder la costumbre de beber los lunes; pero habiendo aborrecido el vino y toda clase de licores espirituosos, *honraba de nuevo á su familia*, al lado de la fuente que en el patio tenia la casa.

Manuela descansó, gracias al ardid de su compadre; el zapatero hay quien asegura que á los pocos años murió opilado.

Yo, lector querido, no soy mas que el eco de la tradicion,

Y no quito ni aumento;
Como me lo contaron te lo cuento.

JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

SERENATA.

Virgen de negros ojos,
De faz morena,
Tus pálidas megillas
Son de azucena,
Tu aliento aroma,
Tu voz es el arrullo
De la paloma.

Serena está la noche,
Callado el viento;
Lleno está de esperanzas
Mi pensamiento;
Sueño con ellas,
A la luz moribunda
De las estrellas.

Niña de casta frente,
De labios rojos,
Todo el sol del estío
Brilla en tus ojos.
Flor delicada,
Aun mas hermosa fueras
Enamorada.

Que es amor en la vida
Luz y consuelo,
Tesoro de esperanzas,
Y luz del cielo.
Ay, virgen pura,
El amor es el alma
De la hermosura.

Honda sed me devora,
Y es sed de amores,
Que no apaga el rocío
Que hay en las flores.
Duermes en calma,

Y el fuego de tus ojos
Arde en mi alma.

Un ángel tu sonrisa
De gracias llena;
Tus pálidas mejillas
Son de azucena,
Tu aliento aroma,
Tu voz es el arrullo
De la paloma.

Dime que no suspiras
Porque no advierta
Que me escuchas llorando,
Que estás despierta.
Flor delicada,
Dime que oyes mis cantos
Enamorada.

Corazon sin amores
Es, alma mia,
Arroyo sin corriente,
Planta sombría,
Que se consume
Sin dar fruto ni sombra,
Flor ni perfume.

Calma esta sed ardiente
Que me devora:
Mira, rompiendo nubes
Viene la aurora;
Su luz es pura,
Y el amor es el alma
De la hermosura.

Adios: triste he venido,
Me voy mas triste,
Porque el sol de colores
Los campos viste.
Ay, tú no alcanzas
Que mueren con la noche
Mis esperanzas!

José SELGAS.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a L. M. M.: *Algeciras*.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sr. Don P. M.: *Murcia*.—Id.

Sr. Don F. B.: *Zafra*.—Id.

Sr. Don M. Ch.: *Barcelona*.—Id.

Sr. Don R. D.: *Ecija*.—Id.

Sr. Don A. B.: *Sanlúcar de Barrameda*.—Id.

Sr. Don R. de R.: *Sevilla*.—Id.

Sr. Don V. E. y R.: *Alcalá de los Gazules*.—Id.

Sr. Don B. C.: *Almería*.—Id.

Sra. D^a M. E.: *Olot*.—Id.

Sra. D^a M. G. H.: *Alcalá de los Gazules*.—Id.

Sra. D^a V. Ll.: *Alicia*.—Id.

Sra. D^a M. G.: *Tarrega*.—Id.

Sra. D^a J. R. R.: *Alcalá de los Gazules*.—El día 7 se le ha duplicado el número 42.

Sra. D^a M. F. y V.: *Alfaro*.—Suscrita hasta fin de Diciembre. El día 7 se le han remitido los números que pide; su importe de 9 rvn. puede remitirlo cuando guste.

Sra. D^a F. H.: *Navas del Rey*.—El día 6 se le ha duplicado el número correspondiente al domingo 19 del pasado.

Sra. D^a A. B.: *Madrid*.—Suscrita por un año desde 1^o del actual.

Sr. Don P. M.: *Madrid*.—Id.

Sra. D^a E. S. y S.: *Albuñol*.—Se recibieron los sellos que para su suscripcion, remitió su Sra. madre.

Sr. Don J. M. F.: *Algeciras*.—Por el correo del 2 se le ha duplicado el número 40.

Sr. Don J. C. B.: *Lorca*.—Se recibieron los sellos para la suscripcion de don B. R. M.

Sra. D^a F. J. M. de H.: *Madrid*.—Se ha recibido el importe de la suscripcion de la Sta. D^a D. B.

Sr. Don J. de A.: *Madrid*.—Queda V. suscrito hasta fin de Abril, y no de Marzo, como dice V. en la suya del 1^o del corriente.

Sr. Don J. V.: *Palma*.—Suscrito hasta fin de Noviembre.

Solucion del geroglífico anterior.

El general Castaños alcanzó la mas señalada victoria en la memorable batalla de Bailen sobre las numerosas huestes vencedoras de Marengo y Jena. Su renombre pasará á la historia al par que su eterno recuerdo quedará grabado para siempre en el corazon de todos los buenos españoles.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

